

Lo que ella quiso

Enma Ai

Lic. en Letras Hispánicas UAA, 2° semestre

En sus últimos momentos de vida la recordó, con el cabello infernal al viento y los ojos cafés como tierra árida; color que antes era dulce, cual azúcar morena. Con tal memoria también retornaron las palabras secas en aquel papel con olor a acónito:

A ti:

No te deseo el mal, sino el limbo entre el averno y el cielo. La tediosa rutina del tictac de las horas, siempre constante, siempre a tiempo.

No te deseo ni una onza del sufrimiento que me causaste, mas tampoco la dicha existente al final de un largo tormento. Que no sientas ansiedad, angustia o miedo, sensaciones acompañantes de destinos inciertos. Quiero para ti un hado puntual, un hado certero.

Deseo que todo te sea agradable, sin embargo, nada encantador halles; pues ansio que tus ojos vean el mundo con suma claridad y nada ni nadie despierte en tu alma admiración; que ésta se mantenga dormida, aletargada, embebida en la ambrosía de la certeza absoluta.

Anhelo para ti una vida sin horrores que hagan temblar tus piernas o aceleren tu corazón. Donde los monstruos de ti se abstengan, y encuentres sólo obscuridad en las tinieblas, sólo resplandor en la luz; ni sorpresas, ni misterios que incomoden tu espíritu. Aunque duermas siempre en calma, no conocerás el alivio de la resolución favorable, o la calidez de la compañía amable en la lobreguez de una noche en vela.

Espero que las lágrimas no acudan a tus ojos, ora por tristeza, ora por alegría. Que no llores pérdidas amargas o pinchazos de agonía, y las memorias felices

no te commuevan al no tener ninguna que recordar. Quiero que no duelas a seres amados, cenizas de amores o la sombra de un buen amigo, sin embargo que ellos no te duelan por ti; nadie te olvidará si no tienen razones siquiera para recordarte. El destierro estará fuera de tu lista de opciones, tal como el odio, aunque el cariño sincero tampoco será una posibilidad futura.

Ansío tu exención de los fracasos, también la de los éxitos, y aún más la de la suerte; la habilidad promedio en todo lo que te propongas, pero nunca la excelencia coseches. Que seas perfecto a la justa medida, incapaz de la imperfección que da pie a la grandeza de cualquier corazón.

Te deseo un andar sin contratiempos, sin el esfuerzo que nutra el sudor de la frente y la flexibilidad de los dedos; sin frustración, desconocimiento también del gozo inherente al ver los frutos del trabajo con pasión.

Quiero para ti un vaso lleno, como si conocieses de todo, sin saber realmente nada a profundidad; una copa colmada con nimiedades, guías en el camino recto, estrecho, sin adornos u obstáculos para que nada te indisponga, mas nada disfrutes al ser ineficiente para desear.

Ojalá te establezcas a la deriva de la vida, sobreviviendo en la mera existencia, como un náufrago sin marea que te acerque a tierra firme o tormenta que te hunda. Pronostico para ti una única leve añoranza de un cambio; una estrella quizá, pero poco valor para perseguir tal mínimo malestar.

Gastarás, espero, tu aliento en la marcha cotidiana, consistente de repeticiones sin requerimiento de fuerza; la inconsciencia que acompaña tal causa. Ten una vida quieta, al no pensarte, lejos de maldiciones o bendiciones que obligan a ser reflexionadas. Deseo que no cometas pecados y la culpa no clave sus afilados colmillos en ti, así como el rechazo rechace hacerte compañía. Sin embargo, que el perdón tampoco consuele tu espíritu doliente, ni la calidez de la mirada misericordiosa percibas.

No te deseo el mal, créeme, pues éste da cabida a la compasión, a la empatía, mismas que no existen en la suspensión de tu actuar lineal, perpendicular al de conocidos o extraños. Anhele para ti la calma de un pasado sin fantasmas y un futuro sin alteraciones en la trama. Inexistencia de comas o puntos y aparte, solamente puntos finales en las oraciones que escribas.



El Cuervo, Kevin Rodríguez Sandoval (Blackout).

Que tus años se gasten uno a uno en cosas creadas con destreza muy suficiente, mas nunca admirable, y así huella de ti no quede; cada acción tuya se convierta en ceniza arrastrada por el aire del tiempo.

¿Cuál respuesta esperabas cuando te despediste? ¿Añorabas palabras hirientes? Ésas que crecen en la sangre que escurre de las heridas traidoras. ¿Ansiabas lágrimas en mis ojos para alimentar tu ego con gotas tristes o desesperadas? Deberías saber, esas emociones se ocultan a la sombra sincera del amante y a la correspondencia insensata, tal como la commiseración se guarda entre las ramas envenenadas del horror. Tú... tú no eres digno ni de uno ni de otro, pues te estableciste en la cima del riesgo nulo, el observador atento e incapaz accionista. En aquella lejanía, sobre tu trono, la incertidumbre no se impregna en lo hondo de tus entrañas o los rizos de tu cabellera.

Te quedarás siempre sobre la niebla que rodea las promesas con intención de ser respetadas o el compromiso intrínseco en las palabras sinceras. Ahí, donde Dios te vomita y el diablo te niega. Deseo para ti el papado de la tibia indiferencia que como religión profesas.

Pese a ello, no tengo razones siquiera para anhelar tales deseos, pues tú mismo al purgatorio te ataste. Tú eres el único autor de tu cuento existencial y miserable.

No te deseo nada, sigue existiendo.

Él pensó, cuando la lluvia musicalizaba su último aliento:
“Su deseo se cumplió”.